

Esteban A. Juárez: *La promesa quebrada. Estética y política en Theodor W. Adorno*, Buenos Aires, Ubu, 2025, 261 págs.

La promesa quebrada se presenta a sí mismo como un libro sobre estética y vida práctica. El autor sugiere que algunos de los ensayos que componen el volumen se ocupan de estética mientras que los otros abordan problemas de orden político. Sin embargo, ya desde el momento en que nos explica cuál es la figura articuladora, estos dos tópicos comienzan a entrelazarse uno al otro. Y aquí no me refiero a la figura de Adorno, en tanto núcleo autorial al que son remitidas las ideas que se discuten en el libro, sino más bien a la figura de la promesa de felicidad quebrada que se bosqueja de manera reticente a lo largo de sus páginas; promesa tan quebrada que en el título del libro ni siquiera se presenta como promesa de felicidad sino como promesa quebrada, a secas.

En esta figura “política” y “estética” se entrelazan desde el momento en que la necesidad de conjugar aquellas dos tradiciones estéticas discordantes, de las cuales surge la promesa de felicidad quebrada, tiene un origen de carácter práctico. Estas dos tradiciones son, por un lado, la tradición hegeliana, que concibe al arte a partir de su potencial negativo, crítico, respecto a la inmediatez de la existencia, y una tradición, por otro lado, que se inicia con Stendhal y para la cual la experiencia estética se encuentra indisolublemente ligada a un placer de orden somático y, me animaría a decir, a uno afirmativo. Y el contexto práctico al cual es remitida la respuesta a la pregunta tácita acerca de por qué estas dos tradiciones tienen que ser pensadas de manera conjunta -y por qué, entonces, la promesa del arte debe ser una promesa quebrada-, es el de la no realización de la revolución. La promesa quebrada es, entonces, la respuesta de Adorno a las consecuencias que él mismo saca de la no realización de la filosofía que pensó la revolución, es decir, del modo en que piensa la dialéctica a partir del hecho de su no realización.

Pues que la revolución no se haya realizado, que se haya dejado pasar el momento de su posible realización, no es un asunto que se explique, para Adorno, en función de meros acontecimientos externos, un asunto por el cual se pueda responsabilizar completamente a un agente externo, a la fuerza o a la astucia del enemigo político. Esta fatalidad obliga a repensar la filosofía que pensó la revolución, esto es, la dialéctica, y a volver a considerar, con ella, el modo en que la dialéctica concibió al arte. Claramente no se trata de repensar la dialéctica porque ella haya pensado la revolución y haya que dejar de hacerlo, sino porque no la pensó correctamente, porque, según afirma Esteban Juárez, no pudo evitar que el proceso de liberación introdujera una nueva forma de dominación.

El gran problema de la dialéctica es su carácter afirmativo -el autor alude aquí a una “negatividad afirmativa”. El pensamiento dialéctico sólo está en condiciones de ser negativo, es decir, de poner en evidencia el carácter mediado, producido, de aquello que se presenta como inmediato, al precio de asumir los mismos principios que imposibilitan la existencia de algo auténticamente inmediato, de algo que no exista en función de otra cosa, para otra cosa, que no se halle sujeto al principio de identidad o, lo que es lo mismo para Adorno, regido por la ley capitalista de la equivalencia. De manera tal que la dialéctica permite sacar a la luz las contradicciones de lo existente, explica su necesidad y pone en marcha un proceso de liberación, liberándonos de lo dado, pero al precio de dar lugar a una situación que reproduce las mismas condiciones de la dominación.

Pero la dialéctica no procede así porque piense mal las cosas, porque sea un método equivocado de pensamiento, sino más bien porque las piensa bien, porque, como dice Adorno, es la ontología de una situación falsa, y está atravesada y atrapada por aquello que pretende superar, porque reproduce la tendencia autoreproductiva de lo existente, esto es, la tendencia propia del capitalismo a la autoreproducción. Pero, aun así, la dialéctica no puede ser abandonada. Y, paradójicamente, no puede ser abandonada por lo que tiene de falsa en tanto ontología de una situación falsa, es decir, porque el que piensa también se encuentra atravesado por esta situación y no puede aspirar a colocarse más allá de ella sino al precio de volver su posición todavía más falsa que la propia situación falsa. Juárez cita una frase de Adorno que resulta sumamente elocuente en este contexto: “la verdadera injusticia está precisamente en ese punto en el que nos ponemos a nosotros mismo del lado de lo correcto y al otro del lado de lo incorrecto”¹. En tal sentido, la dialéctica sería verdadera por los mismos motivos por los que es falsa: porque reconoce el carácter conservador de toda crítica que se coloque a sí misma más allá de lo criticado y porque no se coloca a sí misma, por ende, más allá de la situación falsa que critica.

El capítulo sobre la discusión de Adorno con los estudiantes durante los años 60 versa explícitamente sobre este problema. Es el único capítulo que se ocupa de manera directa de problemas políticos y, de forma curiosa, el que más claramente se involucra con la pregunta por el método. De hecho, Juárez no se conforma aquí con recurrir a los textos de Adorno, sino que también introduce fuentes que presuntamente no serían filosóficas, como si para reponer la materialidad y la modulación histórica concreta de un debate central para la teoría crítica, fuera necesario, como

¹ Adorno, Th. W. *Problemas de filosofía moral*, Trad. G. Robles, Las cuarenta, bs. as, 2019, p. 308.

en la producción artística, dejar hablar a los materiales, es decir, silenciar la voz del autor del libro, el cual, por su cercanía al objeto del debate, sería más propenso que nunca a anteponer la necesidad del juicio a la posibilidad de la escucha.

De manera que el libro se ocupa de mostrar hasta qué punto resulta imposible disociar los elementos dinámicos, críticos de la dialéctica, de sus elementos estáticos, y motoriza a partir de allí la necesidad, inmanente-trascendente, de otra forma de pensamiento, al que el autor se refiere en términos de una “lógica afirmativa del cumplimiento”. Sostengo en este punto que se trata de una necesidad inmanente-trascendente porque esta otra forma de pensar se sigue, por una parte, de la propia dialéctica: en la medida en que la dialéctica reconoce sus límites, se reconoce como parte de la vida falsa, se coloca a sí misma, en algún sentido, más allá de dicha situación. No se puede marcar un límite sin traspasarlo. Pero esta otra lógica, la lógica afirmativa del cumplimiento, no es un mero derivado de la vida falsa, no es el resultado afirmativo de la negación de la situación falsa, la negación de la negación, el despliegue de aquello que ya sería posible, pero cuya realización aún se encontraría bloqueada por las mismas fuerzas que lo han producido. Si la lógica afirmativa es necesaria es porque lo que está en cuestión aquí es algo que no puede aparecer en el marco de la vida falsa, algo que es imposible en dicho contexto. Ese algo recibe en el pensamiento de Adorno el nombre (también imposible) de lo no-idéntico. De forma tal que si esta promesa tiene que estar quebrada, y este es un punto importante en el libro, no es porque Adorno desconfíe del placer que conllevaría su cumplimiento, sino más bien porque lo toma verdaderamente en serio, porque no puede conformarse con transformarlo en un mero placer en la apariencia, porque, en términos estrictos, ningún placer estético puede valer realmente como tal si a la vez no es más que mero placer aparente, es decir, si el no es también cifra, afirma Juárez, de otra forma de praxis. Esa otra forma de praxis, que es, finalmente, la verdadera figura en torno a la cual se articula el libro, sería una que, en vez de hallarse orientada a garantizar el logro de nuestras acciones -y a evitar, por ello mismo, la violencia bárbara que impulsa el miedo que despierta la ajenidad del mundo-, se sostenga en una forma diferente de deseo, una forma de deseo infinitamente diferenciada que no produzca miedo.

La dialéctica sería aquella forma de pensar que se halla orientada a concebir la posibilidad de un mundo en el cual debería ser posible actuar sin miedo. Su objetivo sería pensar el mundo social de tal manera que el logro de nuestras acciones, el cumplimiento de nuestros fines, esté garantizado; es decir, la dialéctica asumiría que para

que nuestros objetivos se cumplan no basta con la perspectiva individual, sino que hay que configurar el mundo de una forma en que la razón ya no vaya atada a la lógica atroz de la identidad. Esto no sucede en el capitalismo: en el capitalismo prima el interés individual y por ese motivo el conjunto de las relaciones sociales acaba asumiendo para el individuo la forma de un destino; el capitalismo termina reintroduciendo la tragedia en un mundo plenamente secular.

El libro no afirma que Adorno abandone este proyecto, propio de Lukács y del primer Horkheimer. De hecho, afirma que el miedo que producen los poderes actuales acaba minando la resistencia del individuo: que cuanto más miedo en el mundo, menos posibilidades de resistencia tendrán los individuos. Sin embargo, Juárez sugiere que este proyecto, el proyecto de la dialéctica, sólo puede ser considerado como el punto culminante de los esfuerzos filosóficos si se asume que la praxis debe ser pensada exclusivamente bajo la lógica del cumplimiento de fines. La lógica afirmativa de la promesa está allí para introducir la posibilidad de que esto no es así, de que exista otra forma de praxis, aunque ella no se presente como posible en el marco de la vida falsa, de la vida capitalista, una praxis que no nos obligaría a asegurar el logro de nuestros objetivos, porque respondería a una forma de deseo que ya no iría de la mano del miedo. “El arte”, concluye el autor, “promete cumplir los deseos que paradójicamente interrumpen o se resisten a la lógica del cumplimiento”. El arte, y esto es lo que en el fondo justificaría su existencia en la vida dañada, promete una praxis diferente, sin miedo.

Verónica Galfione

veronica.galfione@unc.edu.ar